ramiento! Nos cuentan que hay una música militar tocando delante del teatro. Han adornado el escenario con decoraciones, y los miembros del tribunal son en gran parte jóvenes imberbes.

"¡Dios me lo perdone! dice el emperador; pero se me figura que han elegido para miembros del tribunal á los que tenian mejor uniforme, para que al menos la esterioridad apareciese decente."

Decidieron no ser necesario que el emperador compareciese en el teatro. Se dará lectura de la acta de los médicos al tribunal; y el estado de enfermedad del emperador, legalmente certificado, le dispensará de presentarse personalmente.

Recibe el emperador la visita de la princesa Salm y del baron Lago.

A medio dia hago uso por primera vez de mi libertad, y salgo de la prision.

Hasta aquí llega mi diario. En los dias siguientes estuve muy ocupado escribiendo las últimas disposiciones del emperador; y angustiado ademas por lo inminente de la catástrofe, no tuve la tranquilidad de ánimo que se necesitaba para poder continuar mis apuntes.

CAPITULO XX.

Del 13 al 16 de Junio.—Ultimos dias del emperador.—El 19 de Junio.—El cadáver—Gestiones con el gobierno para la entrega de este.—Mision de Tegethoff.

DESDE el momento en que comenzaron en el teatro las sesiones del tribunal militar, no abrigamos ya ilusion ninguna los que estábamos al lado del emperador. Podia decirse que estaba ya pronunciada su sentencia de muerte, desde el punto y hora en que lo consignaron á un tribunal militar, y en que se invocó en su contra la ley de 25 de Enero. No era de esperarse el perdon; quedaba como único camino la fuga, y por mas que esta presentase pocas probabilidades de buen éxito no habia mas que intentarla á toda costa.

Ya la princesa Salm tenia ganado á un coronel mexicano. Este declaró que estaba pronto á correr el peligro mediante la suma de cien mil pesos, y creía posible la empresa. Pero no creyendo que podia intentarla él solo, pidió que se le asegurase la cooperacion de otro coronel cuyo nombre dió á la princesa. Esta señora no dudaba que se llevaria á cabo felizmente el intento.

Por la tarde fué á ver al emperador, y le informó de cuanto se fraguaba.

Yo, para estar listo en cualquier evento, me procuré un permiso para salir, aun cuando fuese de noche, de la prision en donde continúo habitando.

A las nueve de la noche estábamos ya preparados para todo; y como, segun lo concertado con la princesa, á las diez habiamos de tener la respuesta definitiva, el emperador no tenia mas que levantarse, y en cinco minutos se hubiera podido intentar la fuga.

Poco faltaba para las diez, cuando de pronto se aparece el doctor Rivadeneira sumamente inquieto á informarse de la salud del emperador.

Habiamos concertado que yo saldria del convento con el pretesto de ir á buscar al doctor, para llevarlo al lado del emperador que se habia puesto malo. Ya no era posible esto, pero á toda costa necesitaba yo hablar con la princesa. Escribí inmediatamente una receta, y salí con el objeto ostensible de que la despachasen en la botica. Acompañóme Rivadeneira hasta la plaza del convento, y allí nos separamos.

Pocos minutos despues de las diez, ya estaba yo al lado de la princesa, en donde me encontré con los dos coroneles. Llevóme esta señora á la cámara vecina, y allí me entregó el anillo-sello del emperador, el cual debia servir para que S. M. reconociese á quien le ayudaba á la evasion.

Me dijo la princesa que por aquella noche nada se podia hacer; y que en la mañana siguiente á eso de las diez, pensaba ir á ver al emperador en compañía de los dos coroneles. Entró á la sazon el primero de ellos, quien me dijo que podia yo tranquilizar al emperador, asegurándole que todavía tenian que pasar tres dias para que el tribunal pronunciase la sentencia.

Dí estas noticias y el anillo al emperador, quien juzgó de buen agüero para la evasion el que el coronel *** me hubiese hablado del proyecto tan sin embozo, pues en eso veía un indicio de confianza en el buen éxito.

El 14, á las siete de la mañana, me mandó llamar el emperador y me hizo varios encargos. Tenia yo que comu-

nicar desde luego al baron Lago la órden de que aquel mismo dia le llevase el testamento para firmarlo; y que recordar además á Curtopassi enviado de Italia, y á Hooricks enviado de Bélgica, que le llevasen para la firma las cartas que les habia encomendado. En seguida debia yo ir á casa de la princesa Salm.

Al salir de casa de esta señora, me encontré en la calle con el general Refugio Gonzalez, quien me preguntó cómo seguia mi enfermo. El tono irónico que acompañó á esta pregunta, me hizo sospechar que solo era un pretesto para hablar de otra cosa. Poco tardé en cerciorarme de la verdad, porque en seguida volviéndose á un oficial que le acompañaba, le dijo: "Llévele V. estos dos señores al general." El otro señor era un tal Schovesinger, con quien habia yo salido de casa de la princesa, comerciante aleman que yendo de México hácia el Norte del imperio se detuvo en Querétaro, y durante el sitio sirvió de secretario al príncipe de Salm, y el cual ahora que estaba en libertad no dejaba de prestar algunos pequeños servicios al emperador. Fuimos presentados á Escobedo, quien me preguntó qué andaba yo haciendo en la calle. Yo le contesté simplemente: "¿Pues no estoy completamente libre?" "Está bien," replicó el humanísimo general; y volviéndose á un ayudante le dijo: "Lleve V. á estos dos señores al cuartel de Coahuila." Era este un cuartel en donde se hallaba alojado el batallon de ese nombre; allí me pusieron incomunicado. Hice inútilmente mil esfuerzos para que me dejasen hablar solo con el emperador. Con el poco dinero que llevaba conmigo, logré corromper á uno de mis centinelas para hacer que le llegase al emperador un billete mio; despues supe que por la rigurosa vigilancia no habia sido posible.

El 15, á las diez de la mañana, vinieron á sacarme de mi cárcel el coronel Villanueva y el doctor Rivadeneira. Me condujeron nuevamente ante Escobedo, el cual me dió per-

miso para volver al lado de *Maximiliano*, y mirándome con sardónica sonrisa me dijo: "Ya conozco sus antecedentes de V., y le hago responsable de cuanto pueda suceder con Maximiliano; y á V. es á quien mandaré colgar primero."

"Señor, le contesté; haga V. lo que le parezca."

Me hallé al emperador en la cama. "Temí, me dijo, que no estuviese V. ya en Querétaro; supe que desde ayer habian dado órden de llevársele á V. á S. Luis." Y entonces me enteré de cuanto habia ocurrido la víspera. En el momento en que me ponian preso recibian órden de salir de Querétaro en el término de dos horas los ministros extrangeros; y á la princesa Salm, la sacaban de la ciudad con una buena escolta. "Lago, me dijo el emperador, se ha ido sin poder hacer que firmase yo el testamento. Desde ayer le telegrafié, pero ahora hágame V. favor de escribirle que el testamento se tenga por válido, puesto que hay tres testigos que conocen su contenido, y son V., Lago, y Hooricks." Acababa yo de concluir dicha carta que contenia algunos otros pormenores, y héchola firmar al emperador, cuando entró el general Mejía con la noticia de que habia muerto la emperatriz. Este anuncio fué un golpe terrible para el pobre príncipe, si bien al mismo tiempo le hacia menos doloroso el abandonar la vida. Habíase espuesto con veronil serenidad á las balas enemigas; durante su larga prision, habia mostrado heróica resignacion y entereza al aspecto de la muerte; solo un pensamiento amargaba sus horas, y era el de la suerte de su desdichada esposa, á quien tenia que abandonar á tan crudo destino. Cesaba ya esta angustia; y libre de tal pensamiento, podia disponerse con mayor serenidad de ánimo á despedirse de la vida.

Apénas hubo recibido la noticia que el general le dió, me dictó una postdata á la carta del baron Lago, concebida en estos términos: "En este momento acabo de saber que mi pobre esposa dejó por fin de penar; esta noticia, aunque me

ha afligido profundamente, por otro lado me sirve de infinito consuelo en estos momentos."

"Un vínculo menos en la vida," me dijo.

En la misma tarde escribí, conforme á las instrucciones que directamente me dió el emperador, otra carta al Sr. Radonetz, prefecto de Miramar, la cual contenia las últimas disposiciones del príncipe.

A poco rato vino un ayudante de Escobedo, encargado por el general de que se informase si ya habia llegado á conocimiento del emperador la funesta noticia.

Entre tanto, el tribunal habia concluido sus sesiones, y de un momento á otro debia hacerse la publicacion de la sentencia. El emperador la aguardaba resignado y con ánimo plenamente tranquilo; y como ya se habia familiarizado con la idea de la muerte, no se cuidaba de ella sino de los que dejaba tras sí, y de despedirse de sus parientes y amigos.

Habian cesado ya las visitas de extrangeros, y á escepcion de los dos criados Grill y Tüdös, yo era el único europeo que al lado del príncipe quedaba, desempeñando el triste empleo de secretario suyo para las cartas de despedida. La última de estas comenzaba así: "Exento de culpa, y en los momentos de recibir una muerte inmerecida....."

A mediodía vino el padre Soria, á quien habia recomendado para confesor el abogado Vazquez. "Yo no me confieso indistintamente con cualquier sacerdote, me dijo el emperador, y he mandado llamar al padre para ver si estamos de acuerdo acerca de algunos puntos preliminares."

Aquella noche y las siguientes dormí en el cuarto del emperador, hasta el dia 19. El descansó muy sosegadamente.

A la mañana del 16, volvimos á la triste ocupacion de la víspera. A eso de las once se presentaron el general Refugio Gonzalez y el coronel Miguel Palacios, seguidos de un destacamento, que se situó en el corredor de la prision.

El nuevo fiscal Gonzalez leyó la sentencia, delante de las puertas que estaban abiertas, primero al emperador y luego á los dos generales.

El emperador la oyó pálido, pero sonriendo; y cuando el fiscal hubo concluido, se volvió á mí, y señalándome el reloj me dijo con tranquilo acento: "La hora fijada es á las tres; tiene V. mas de tres horas para hacer las cosas sin atarearse".

Llegó á la sazon el secretario Blasio, á quien el emperador habia mandado llamar desde antes, y al cual dictó la siguiente carta en español:

"Sr. D. Cárlos Rubio.

"Sin medios para atender á mis gastos indispensables, me dirijo á V. con toda confianza, rogándole se sirva poner á mi disposicion la cantidad que sea necesaria para el cumplimiento de mi última voluntad, cuya suma le será satisfecha por mis parientes de Europa, á quienes he instituido por mis herederos.

"Deseo que mi cuerpo se sepulte en Europa al lado del de la emperatriz; y confio en que tendrá V. la bondad de ministrar á mi médico el Doctor Basch la cantidad que necesite para el embalsamamiento y trasporte, como tambien para que regresen á Europa él y mis criados. Este préstamo le será á V. satisfecho por mis parientes, ya en las casas de comercio europeas que V. indique, ya por medio de letras de cambio que se le estenderán á V. pagaderas en México. El doctor Basch se arreglará con V. sobre el particular.

"Al declararme anticipadamente obligado á V. por este nuevo favor, le envío mi último saludo; y deseándole todo bien, me repito

"Suyo afectísimo,

"MAXIMILIANO.

"Querétaro, Junio 16 de 1867."

A mediodía vino el padre Soria; la mesa del cuarto del emperador se pasó al mio, y me estuve escribiendo hasta las dos.

A cosa de la una se dijo una misa en el cuarto de Miramon, y los tres sentenciados recibieron el santo viático.

A las dos, llevé al emperador las cartas que habia yo concluido para que las firmase, y entonces me dijo: "Le aseguro á V. que esto de morir es mucho mas fácil de lo que yo me habia figurado. Me hallo completamente dispuesto."

Tanto el confesor del emperador, como los de los dos generales, se quedaron al lado de los sentenciados para acompañarles á su último trance.

Un cuarto de hora antes de las tres, el emperador se despidió de mí y de los criados, los cuales sollozando le cubrian de besos la mano. Me entregó su anillo nupcial, y me dijo:

"Se volverá V. á Viena, verá á mi padre, á mi madre, y á mis parientes; déles V. pormenores del sitio, y de los últimos dias de mi vida. Diga V. á mi madre, y esto se lo recomiendo muy particularmente, que he cumplido con mi deber de soldado, y que he muerto como buen cristiano."

El oficial de guardia, nombrado para mandar el piquete encargado de la ejecucion, pidió llorando al emperador que lo perdonase: "Es V. soldado, le respondió este, y tiene que cumplir con su deber."

Dieron las tres, y nadie se presentaba para llevarse al emperador y á los generales. Una hora larga, es decir, hasta las cuatro, estuvieron aguardando la órden que debia conducirlos al lugar del suplicio.

El emperador pasó esa hora despejado, sereno, como en sus dias felices, conversando con los sacerdotes y con sus defensores Ortega y Vazquez que estaban presentes. Mani-

festó su satisfaccion al ver el cielo azul y limpio. "Siempre he deseado, dijo, morir en un dia hermoso; al menos este anhelo mio se me ha cumplido." Varias veces se volvió á mí haciéndome nuevos encargos, y repitiéndome los que me tenia hechos. Como último recuerdo de sus amigos, me encargó que saludase al príncipe y á la princesa Salm, á Pitner, Schaffer, á Gunner, á Groller, y á Bilimek.

Los dos generales estaban sentados, absortos en la lectura de sus devocionarios, ó hablando con los sacerdotes que los asistian.

Por fin, á las cuatro se presentó el coronel Palacios agitando un papel que llevaba en la mano. Era un telégrama de S. Luis, en el que el gobierno diferia la ejecucion para el sábado 19.

"Lo siento, dijo el emperador luego que Palacios hubo leido el telégrama; á estas horas ya me habia yo despedido completamente de este mundo."

En aquel instante brotó en mí una sombra de esperanza en el perdon, tanto mas cuanto que los oficiales con quienes hablaba yo del incidente opinaban que aquella dilacion no podia tener otro significado.

Increible se me hacia la ejecucion posterior de la sentencia, porque hubiera sido un rasgo de caníbales el jugar con los desdichados prisioneros, llamándolos á la vida despues de haberles hecho pasar todos los tormentos de la muerte.

El emperador se mostró absolutamente indiferente á ese rayo de esperanza. "Que hagan lo que gusten; yo no pertenezco ya á este mundo," dijo, y todos sus pensamientos, todos sus actos desde el 16 al 19 estuvieron en armonía con esta solemne resignacion.

En esos dias tuve que escribir otras cartas de despedida, entre las que iba una segunda para Radonetz, que completaba las instrucciones que antes se le habian dado.

El padre Soria vino todos los dias, y el emperador me dijo:

"Se han trocado los papeles; yo soy quien tengo que consolar á ese pobre sacerdote para que no se abata completamente."

El mismo dia, el emperador envió la siguiente carta á los generales que estaban presos:

"*Querétaro. Prision en las Capuchinas. Junio* 17 *de* 1867.

"Señores generales y gefes prisioneros en esta ciudad:

"En este momento solemne envío á ustedes estas cortas líneas, como espresion de mi reconocimiento por la lealtad con que me sirvieron, y de la sincera estimacion que les profesa

"Su afectísimo,

"MAXIMILIANO."

Trascurrió el dia 17 con alas de plomo; los minutos sucedian á los minutos, una verdadera eternidad, y el tan suspirado anuncio de la salvacion no llegaba.

Vino la noche, sin que alma viviente se presentase con una noticia cualquiera, buena ó mala. El emperador durmió tranquilamente; llegó la mañana del 18, y el gobierno de S. Luis continuaba sin dar señales de vida.

Trajo Vazquez la respuesta de los generales, que me fué entregada por el emperador; era del tenor siguiente:

"*Querétaro. Prision en las Teresitas. Junio* 18 *de* 1867."

"Señor:

"Hemos recibido la afectuosa y tierna carta de V. M., fecha de ayer, en la cual se digna espresar de su puño y letra los nobles sentimientos que continúa abrigando en este